

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SUPLEMENTO AL NÚM. 839 DE A B C



SE PUBLICA TODOS LOS SABADOS

AÑO II

MADRID, 21 DE SEPTIEMBRE DE 1907

NUM. 35



LAS TRAVESURAS DE JUANA

III

Tenían razón, sí, señor; después de todo, no era tanto trabajo dar una ó dos lecciones de solfeo. ¡Más trabajo costará quitarse la tinta de la cara!

Juanita sentía mucho lo que había hecho; pero ya no tenía remedio. Lo urgente entonces, más que lamentaciones inútiles, era inventar el modo de pasar el tiempo lo menos mal que fuera posible. Porque lo que es en llorar y

Gente Menuda

asustarse no había que pensar. Juanita sabía muy bien que en aquel cuarto no había nada para dar miedo; sólo había unos armarios y un gran cesto, y la niña pensó que á nadie se le hubiese ocurrido asustarse por cosas tan inofensivas.

Al principio no veía Juanita gran cosa, porque aquel cuarto era de los más oscuros de la casa; pero por fin sus ojos se acostumbraron y empezó á distinguir bien cuanto allí se encerraba.

¡La suerte le favorecía! En un armario estaba puesta la llave; lo abrió. ¡Toma, ella creía que era otra cosa! Pues no había más que ropa blanca dobladita.

Para cerciorarse bien, en un momentito desalojó el armario; es decir, sólo dos tablas de él, pues á las altas no alcanzaba, y no vió por allí nada en que subirse.

Algo de curiosidad la quedaba por si en la parte superior había algo más bonito, pero no; retirándose un poco y empinándose sobre las puntas de sus piecillos, pudo distinguir que solamente ropa blanca contenía el armario. Realmente no es muy divertida la ropa blanca para estar sabe Dios cuánto tiempo encerrada; pero no era situación para andarse con remilgos, y pasaría el tiempo lo mejor posible.

Lo primero era, á juicio de Juanita, reparar una porción de injusticias que pasan en las casas. Y lo decía, sí, señor, lo decía, aunque la autora de ellas fuese su mamá, á quien ella quería tantísimo. Pero ¡señor!, ¿qué delito había cometido la ropa que estaba en aquel gran cesto, toda arrugada y de mala manera? ¿No era ropa igual á la demás? Pues entonces justo era que fuese á disfrutar un poco del armario, y que la que estaba antes en él, pasase al cesto, porque á todos nos tocan nuestros ratos malos. ¡Ajá! Ya estaba hecho el cambio.

No quedaba tan igualito como antes, pero ¡qué remedio!, todo no se podía hacer y ella era demasiado pequeña para manejar ropa grande; pero lo principal era que la injusticia de su mamá quedaba reparada completamente, que la ropa del armario había ido al cesto y la del cesto al armario. Es verdad que la niña tuvo un momento de indecisión al notar que la ropa del cesto no estaba tan blanca como la del armario ni olía tan bien... Pero pronto desechó toda preocupación, porque la pareció aquello detalle de poca importancia, sobre todo, si se compara con la buena obra que estaba llevando á cabo.

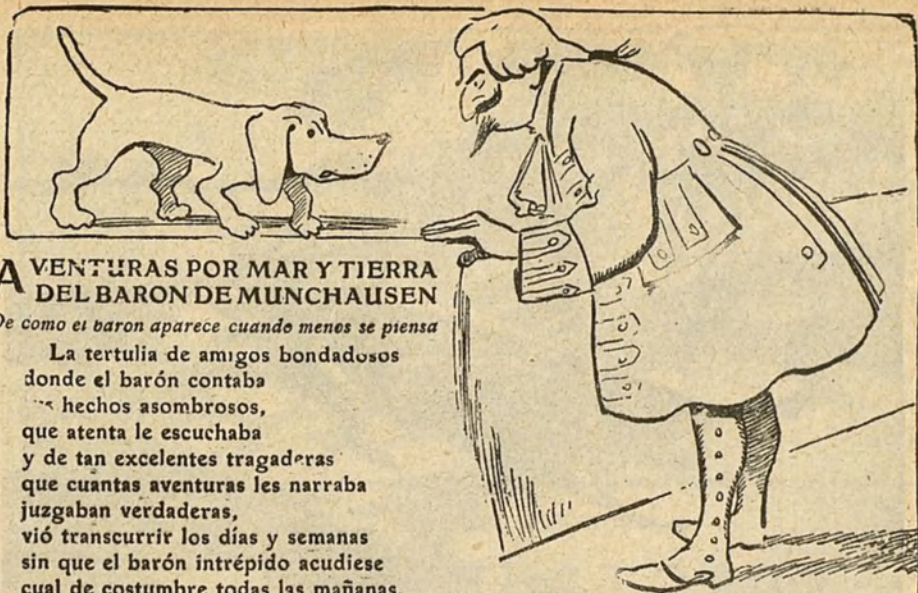
¡Buen chasco daría á su mamá cuando se enterase de lo bien que sabía ella reparar injusticias, mientras sufría con paciencia el castigo que la habían impuesto!

No, y la verdad era que ella miedo no tenía, pero ya se iba aburriendo un poco de estar allí metida. ¡Anda! Ahora veía allá en un rinconcito del armario una caja; la abrió.

«¡Qué bonito!—dijo.—¡Un frasco de esencia y una caja de polvos! Vamos á ver si son finos... ¡Ay qué lástima!—exclamó la nena.—¡Pues si se me han caído todos al suelo! Luego traeré una escoba y los recogeré para que no se desperdicien. No, pues lo que es del frasco de esencia no va á caerse ni una gota; me lo echo yo todito encima, y así no hay cuidado de que ni yo ni nadie lo desperdicie... Así...»

La puerta se abrió, y la doncella, con el ceño fruncido, sacó á Juanita del ropero y la llevó al comedor.

M. DE A. OSSORIO Y GALLARDO



A VENTURAS POR MAR Y TIERRA DEL BARON DE MUNCHAUSEN

De como el baron aparece cuando menos se piensa

La tertulia de amigos bondadosos
donde el barón contaba
hechos asombrosos,
que atenta le escuchaba
y de tan excelentes tragaderas
que cuantas aventuras les narraba
juzgaban verdaderas,
vió transcurrir los días y semanas
sin que el barón intrépido acudiese
cual de costumbre todas las mañanas.

Enfermo le creyeron,
pero pronto supieron,
con general sorpresa,
que se hallaba viajando en tierra extraña,
y que al salir de España
se había despedido á la francesa.
Sintieron el desaire amargamente,
y ya ni se acordaban del ausente,
cuando la otra mañana
acudió á la tertulia de repente,
y en forma campuchana,
pero con actitud cortés y fina,
dijo sencillamente:

—¿Ustedes bien? Yo bien. ¡Vengo de China!

Yo soy así. Lo mismo que un cometa
me eclipse y aparezco de improviso,
porque nada mi espíritu sujeta.

¿Acierto en ello? ¿Yerro?

¡Quién sabe! Los misterios son profundos.

¿De dónde vengo? De educar un perro.

Lo vi recién nacido

en el propio Pekin y abandonado,
pues los chinos no habían conocido
su portentosa raza

y sus excepcionales condiciones
para perro de caza.

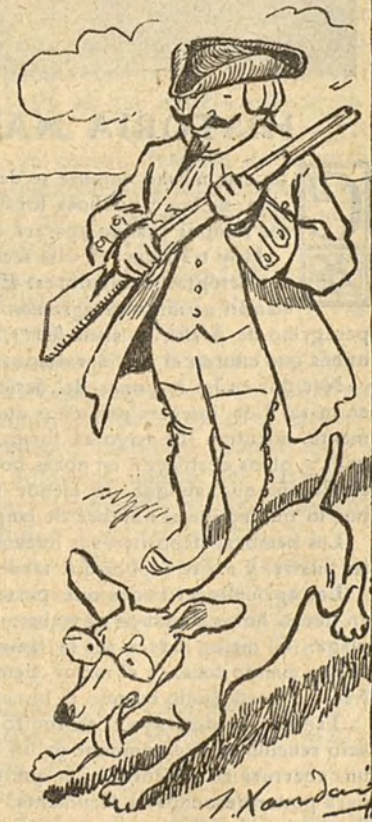
¡Y todo porque andaba á tropezones!

¿El secreto de aquello? ¡Muy sencillo!

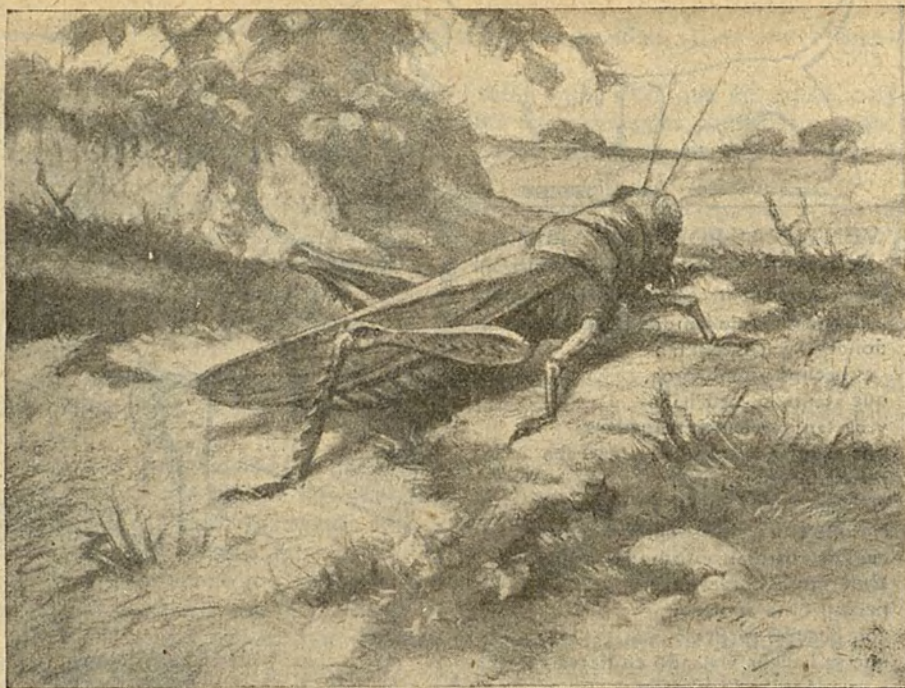
Tenía tal olfato el pobrecillo
que parte de la fuerza de la vista
la absorbía el olfato.

Yo le pasé revista;

me hice cargo del caso; vi sus ojos,
y como me enteré de que tenía una gran miopía,
cuando salgo á cazar... ¡le pongo anteojos!



C. L. C.



HISTORIA NATURAL. LA LANGOSTA

Con este mismo nombre se designan dos animales bien diferentes: el crustáceo marino, de tan caprichosa forma y sabroso gusto, y el insecto terrestre que devasta los campos cuando aparece como verdadera plaga.

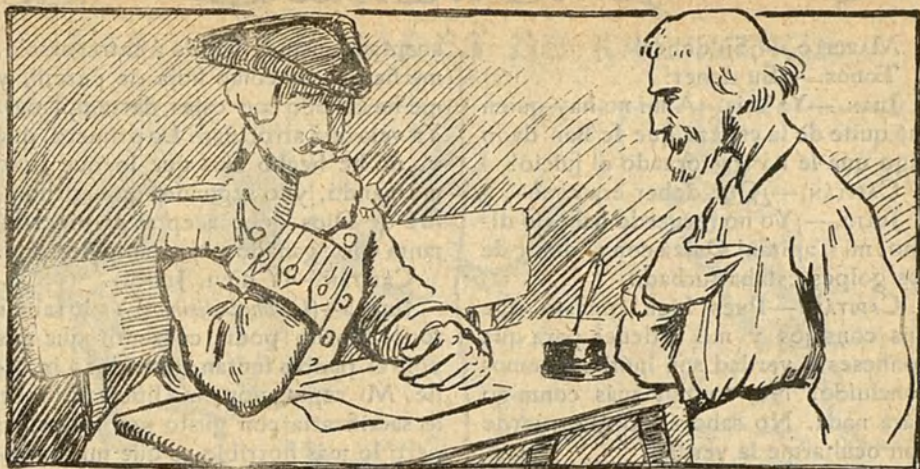
Hoy tratamos en esta sección del segundo de ellos, que pertenece al orden de los ortópteros saltadores. El tipo de esta temible familia es el que los naturalistas llaman *acridium peregrinum*, cuyo tamaño es de cinco centímetros. Procede este peregrino de Africa y suele hacer á España objeto preferente de sus peregrinaciones en nubes que cubren el sol, devastadoras de los campos sobre que se posan.

Nacidos en las regiones del desierto, oblíganles las grandes sequías súbitas a emigrar en masa. Los insectos pequeños que aún carecen de alas hacen su viaje andando lentamente, mientras los mayores forman inmensos enjambres voladores; pero donde llegan unos y otros destruyen en pocas horas las cosechas. Hay también una variedad indígena en España que, aunque de menor tamaño, no deja de causar también grandes estragos, por lo que recibe el nombre de langosta.

Las hembras depositan sus huevos en la tierra, y los insectos no nacen hasta que llegan las lluvias, y así se explica que tarden un año en aparecer tan terribles huéspedes.

Los agricultores tienen que perseguir de muerte á este enemigo de sus cosechas, que en pocas horas destruye su trabajo de un año, y emplean diferentes medios contra esta plaga. El mejor parece ser la lámpara eolípilas de gasolina con llama de soplete que abrasa cuanto toca, y el mejor tiempo para su empleo son los meses de Marzo, Abril y Mayo y hasta Junio cuando el insecto está en estado de mosquito.

También se destruye el mosquito de la langosta por medio del butrón, que es un artificio sencillo que se compone de un lienzo cuadrado de tres ó cuatro metros de largo, con una abertura en el centro, á la que va cosida una manga que por el otro extremo va atada para poder desocuparla fácilmente. El butrón se tiende en el suelo, inmediato al cordón ó enjambre de langosta, y en cuanto está cubierto de ella, dos personas levantan las puntas del lienzo y le agitan para que los mosquitos caigan en la manga. Cuando ésta se llena, se vierte en grandes hoyos, y se entierra y apisona colocando piedras encima.



EL TEATRO DE LOS NIÑOS

EL DESERTOR

Continuación.

TOMÁS.—¡Qué martirio no poder hablar!

MICHAELA.—¡Adiós, hijo mío, que Dios te perdone el mal que nos has hecho!

JULIO.—¡Madre...!

TOMÁS.—No le afijáis más al chico, ¡vive Dios!

MARCELO.—¡Calla! Calla tú, hipócrita, que vendes á precio de oro la sangre de la familia.

TOMÁS.—¡Yo...! ¿No te lo he ofrecido? Era por tu bien.

MARCELO.—¿Y creías que yo iba á aceptar una limosna de un canalla?

JUAN.—¡Vaya! ¡Vaya! Basta de pelotera. Aquí no se puede reñir; silencio, ó todo el mundo se va á la calle.

MARCELO.—Ya nos vamos; sí, ya nos vamos y para siempre.

MICHAELA.—(Llorando.) ¡Para siempre...!

CANUTO.—(Viniendo de la puerta.) ¡Silencio! El Capitán.

Todos.—¡El Capitán!

ESCENA IV

DICHOS y el CAPITÁN

MARCELO.—¡Ay, señor Capitán! ¡Tanto como lo elogiabais ayer!

CAPITÁN.—¡Y lo tenía bien merecido! No pude imaginar que mis elogios produjeran tan mal resultado. (A Julio.) Ya sé que habéis callado en la declaración el motivo de haber desertado; ya sé que después de la carrera de baquetas habéis seguido callándolo; pero á mí, á vuestro Capitán, no podréis negar la verdad.

JULIO.—Mi Capitán. ¡No me despreciéis! Yo me haré otra vez digno de vuestra estimación.

CAPITÁN.—No, otra vez no. Ahora, ahora necesito que me demostréis vuestra sumisión obedeciendo mi orden de ser sincero conmigo. Dicen que habéis huído de miedo del castigo que pudiera acarrearos vuestra bofetada á D. Judas... yo no lo creo.

JULIO.—Sin embargo, es cierto.

CAPITÁN.—Yo no creo ni puedo creer en vuestro miedo. Os he visto en la batalla muy de cerca para poder creerlo.

JULIO.—¡Mi Capitán!

JUAN.—Mi Capitán, con vuestra licencia, voy á hablar.

CAPITÁN.—Habla.

JUAN.—Al entrar aquí ha dicho que había cumplido su deber



MARCELO.—¡Su deber!

TODOS.—¡Su deber!

JUAN.—Ya veis. ¡A mí no hay quien le quite de la cabeza que le han dado algo que le ha trastornado el juicio!

CAPITÁN.—¿Qué deber era ese?

JULIO.—¡Yo no recuerdo haberlo dicho, mi Capitán! Quizá con el dolor de los golpes estaba turbado.

CAPITÁN.—Pues bien, puesto que mis consejos y mis órdenes para que confesase la verdad son inútiles, hemos concluido. No contéis más conmigo para nada. No sabe él lo que pierde en ocultarme la verdad.

TOMÁS.—Yo la diré.

JULIO.—Tío, por Dios, no empeéis la situación.

TOMÁS.—(Al Capitán.) Si no le resulta mayor perjuicio, yo se lo explico todo.

CAPITÁN.—No temáis nada. Tenéis mi palabra de honor.

TOMÁS.—Pues bien...

JULIO.—Tío, ¿y el juramento?

MARCELO.—Un juramento...

CAPITÁN.—¿Qué juramento es ese?

TOMÁS.—¡El de callar! Pero yo no puedo tolerar lo que pasa y hablaré.

CAPITÁN.—Hablad sin cuidado. Yo sumo toda vuestra responsabilidad, yo os lo ordeno. La verdad y la justicia os obligan á ello.

TOMÁS.—Pues bien, señor Capitán, mi sobrino ha desertado falsamente.

CAPITÁN.—¿Cómo falsamente?

TOMÁS.—Quiero decir que la desertación ha sido fingida para que yo le enunciase y pudiese cobrar el premio que os satisfacen al que presenta á un desertor.

JULIO.—¡Tío, por Dios!

TOMÁS.—Nada: he prometido decir verdad y la diré.

CAPITÁN.—Continuad.

TOMÁS.—El dinero no era para mí. Era para que yo se lo entregase á su padre para que pudiera pagar sus deudas y salvase su casita, vendida á paces de retro. Pero su padre, en lugar de

aceptarlo cuando he ido á entregárselo, me ha puesto como hoja de perejil, y me ha echado con cajas destempladas. Ya veis qué atrocidad. Lo primero, que yo no he hecho más que lo que Julio me mandó, y lo segundo, que ese hombre de Dios debe aceptar el dinero á tanta costa ganado y que tanto necesita.

CAPITÁN.—Y bien, Julio...

JULIO.—(Conmovidísimo.) Ya lo sabéis todo. Yo no podía consentir que mis pobres padres fueran arrojados á la calle. Mi reputación, mi libertad, todo lo sacrificaría con gusto por salvarlos; pero lo más horrible es que mi sacrificio no sirva de nada.

MARCELO.—(Abrazándose á su hijo.) ¿Por mí, hijo mío? ¿Te has deshonrado y perdido por mí?

MICAELA.—(Abrazándole también.) ¿Lo veis? Ya me decía mi corazón que mi hijo no podía ser un criminal.

CAPITÁN.—(Dando la mano á Julio.) También sospechaba yo que un valiente como el sargento Julio no podía haber desertado sin una causa extraordinaria. La abnegación y el sacrificio de un hijo por sus padres es digno de admiración; pero habéis acudido á un remedio censurable.

MARCELO.—¡Es verdad, es verdad! Yo no puedo tocar á un céntimo de esa cantidad.

JULIO.—(A Tomás.) ¡Ya veis lo que hemos adelantado con charlarlo todo!

TOMÁS.—¿A que resultado yo ahora el culpable? ¿Qué me habéis prometido, señor Capitán?

CAPITÁN.—Dad el dinero a vuestro hermano. (A Marcelo.) Tomadlo, amigo mío, yo os lo aconsejo.

MARCELO.—¿Yo?

CAPITÁN.—Tomadlo. Es preciso. (Se oyen gritos lejanos.) Mas ¿qué gritos son esos?

CANUTITO.—Oigo gritar ¡viva el Rey!

CAPITÁN.—¿El Rey aquí? Dios le envidia. Voy á hacer todo lo posible por que conozca este caso extraordinario.

Continuará.



LAS ATROCIDADES DE KARAKOKU

CONTINUACIÓN



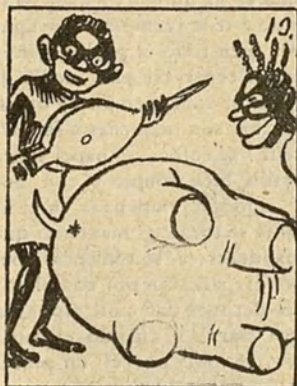
10. La mujer del soldado, niña-
ra que fué de un explorador
célebre, sabía muchas cosas.



11. —Prepara un fuele en se-
guida—le dijo á su marido,—
que yo vuelvo á ayudarte.



12. No tardó en volver tra-
yendo un hipopótamo pe-
queño que colocó en el suele.



13. Por medio del fuele infla-
ron al animalito todo lo que
dió de sí su pellejo.



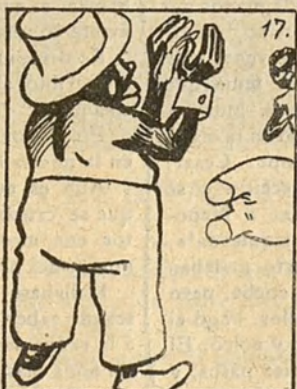
14. No tardó el ministro en
poder presentar á Karakoku
el órgano improvisado.



15. Hicieron al inflado animal
veinticinco agujeros en la
piel con un puñal.



16. Y tapando unos y desta-
pando otros, vino á resultar
una estrambótica flauta.

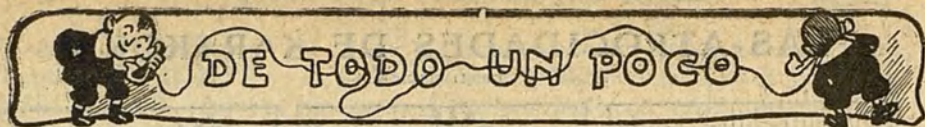


17. El entusiasmo de Karakoku
ante aquel modo de resolver
el problema fué inmenso.



18. —Querer es poder—excla-
maba, y se propuso realiza
grandes reformas en su reino.

Continuará.



UNA FRASE DE UN ALCALDE

Al llegar el rey Luis XIII de Francia al pueblo de Berry, salió, según costumbre, el alcalde á entregarle las llaves y á pronunciar un discurso de bienvenida. Al pobre alcalde le venía un poco ancha la elocuencia, por lo cual su arenga picaba de larga y de fastidiosa; pero el Rey, por cortesía, le escuchaba sin demostrar el menor cansancio.

Uno de los cortesanos, presumiendo que el Rey debía aburrirse horriblemente, creyó serle agradable, é interrumpió al orador bruscamente con estas palabras, pronunciadas con ironía:

—Perdonad, señor alcalde... ¿Qué precio tienen los asnos en este pueblo?

El orador, después de mirarle atenta y serenamente de pies á cabeza, le replicó:

—Monseñor, cuando son de vuestro tamaño valen unos 30 francos—y continuó tranquilamente su arenga.

Por la noche decía el rey á sus familiares:

—Un tanto me ha aburrido el discurso del alcalde, pero su salida me ha divertido muchísimo.

AL CESAR LO QUE ES DEL CESAR

Cuando Napoleón Bonaparte no era más que primer cónsul paseábase una tarde en coche por el parque de Saint-Cloud con su esposa Josefina y su colega Cambaceres y le dió el capricho de guiar los cuatro caballos que tiraban del carruaje. Se colocó en el pescante y tomó las riendas de manos del cochero, que, entre parentesis, se llamaba César. Eran los cuatro caballos jóvenes y de mucha sangre, y el mismo César tenía que emplear toda su experiencia para guiarlos y en cuanto los animales extrañaron la mano del cochero partieron á galope. César, viendo que cambiaban la dirección y se desmandaban, comenzó á gritar á Napoleón: «¡a la izquierda!» «¡a la izquierda!», y Cambaceres y Mad. Bonaparte gritaban alarmadísimos que detuviera el coche, pero no sabiendo manejar los caballos, llegó el carruaje hasta la verja del paseo y volcó. El primer cónsul fué lanzado á diez pasos, y Mad. Bonaparte y Cambaceres sufrieron pequeñas contusiones.

Por la noche habló Napoleón en la mesa de la aventura, bromeando con el gran espanto de Cambaceres, y al final dijo:

—La moraleja de esta historia es la siguiente: hay que dar al César lo que es del César; César, pues, conservará el látigo y las riendas.

MANCHAS DE TINTA EN EL PAPEL

Para quitar las manchas de tinta, se humedece con agua clorurada ó con cloruro. Si las manchas son grandes y están sobre el papel impreso, se coloca la hoja de papel en una bandeja ó fuente de loza y se cubre con el líquido, y tan pronto como se ha quitado la mancha se decanta el líquido y se le reemplaza con agua fresca para lavar bien todo el papel. Si hay varias hojas deben separarse por medio de cartulinas para que no se peguen unas á otras. Cuando las manchas son pequeñas y se trata de un manuscrito, se coloca el papel sobre una hoja de cartón bien limpio y con una muñequita de algodón empapada en el líquido decolorante se tocan las manchas, que no tardan en palidecer, y se repite la operación hasta que desaparezcan por completo. Se lava el sitio después con una esponjita mojada en agua clara, y cuando el papel esté ya casi seco, se pasa por él un pincel humedecido en cola con alumbre.

LACONISMO El escritor francés Voltaire y Piron se habían comprometido á escribirse mutuamente con la mayor concisión posible.

Se disponía el primero á salir á veranear, y escribió al segundo en latín, diciéndole solamente: «*Eo rus* (Voy al campo).»

Piron contestó más brevemente todavía en la misma lengua: «*l* (Ve).»

Aún es más lacónica la correspondencia que se cruzó entre Victor Hugo y su editor con motivo de la publicación de una novela del primero.

Hallábase desterrado de Francia, y deseando saber el éxito de su libro al ponerse á la venta, mandó á su editor una carta que no tenía más que este signo: «?».

El editor, con el mismo laconismo, le contestó entusiasmado: «!».

